

## L

El viejo elefante cumplía cada semana con el mismo ritual. Llegaba el jueves a media tarde y se anunciaba desde las escaleras con las tres notas de su paso: el taconeo de los zapatos y la tilde del bastón. En el departamento, el pequeño Orlando no recordaba qué día era, ni escuchaba el ritmo de aquella manera de caminar, pero un presentimiento le advertía la proximidad del amigo de sus padres. Si estaba solo, debía hacerlo entrar. Tocaban a la puerta, era él, corría para abrirla, la abría, miraba. El viejo elefante inclinaba la cabeza, aturdido por subir las escaleras, buscando a la altura de los pies, en medio del resuello de los bronquios, el aliento que le faltaba. Orlando ofrecía su mano, lo invitaba a sentarse en la sala y, apenas entraban, cerraba la puerta ayudándose con la punta del pie. Conforme avanzaban hacia el sofá, procuraba no fantasear con la posibilidad de que el visitante perdiera el equilibrio y se desplomara sobre él, aplastado por esa humanidad excesiva que temblaba por el sofoco asmático. Así que estaba listo para dar un salto el momento menos pensado, hasta que llegaban a colocarse frente al sofá. Orlando entonces sí que se ponía a salvo, haciéndose a un costado. Por un instante, mientras se dilataba la tupida selva de los bronquios y pasaba una refrescante bocanada de aire, el mundo se detenía por lo que pudiera ocurrir. El viejo elefante tosía e iniciaba lo inevitable: se distendían músculos, cuello y espalda, cedían rodillas, talones y cadera, y empezaba a levitar, sin marcha atrás, la punta del bastón. El cuerpo caía, ola curvada y rotunda. El sofá se volvía súbitamente frágil, un concierto de crujidos, una quebradura de huesos. En ese momento concluía el ritual que el niño debía presenciar por orden de sus padres. Comenzaba, en cambio, el de Nebbiolo Bentornato. El visitante recuperaba su propio nombre una vez que las cimas y abismos de su respiración se allanaban para dejarlo hablar. Si Orlando hacía el ademán de irse, Bentornato alzaba el bastón con la rapidez de una trompa súbita y lo acorralaba:

—¿A dónde vas, desplumado?

Lo llamaba así, sin motivo y sin escrúpulo: pájaro desplumado, o desplumado a secas. El niño, enojado por el apodo, fruncía el ceño y miraba asustado el bastón, un delgadísimo trozo de madera coronado por una empuñadura de plata. Le daba al viejo elefante más años de los que tenía. Fue lo único que se mantuvo firme mientras el hombre se fue jorobando más, curvándose sobre sí como un caracol. Bentornato, para no perder la atención de su interlocutor, lo retaba a descubrir qué secreto escondía la empuñadura. Orlando no hacía mucho caso. Lo que abría su curiosidad eran las historias de un hombre que huía de un par de ladrones de leyenda, a través de mares, desiertos e

islas. Suponía que el viejo elefante, pese a su humanidad desproporcionada, fue en otra época flaco y ágil como para viajar tan lejos.

—No te estoy contando sobre mí —aclaraba Nebbiolo Bentornato—. No soy yo quien hizo esos viajes. Fue tu padre.

¿A quién se refería entonces? En ese momento se escuchaban ruidos en la escalera. Se abría la puerta y aparecía Sabina. Ella reconocía al viejo elefante, lo saludaba y luego le daba un beso a Orlando. Detrás, sentado en una silla de ruedas, se acercaba Domiziano. Se limitaba a moverse con su silla hacia el balcón mientras daba un gruñido. Era la señal para que el viejo elefante se levantara y lo siguiera. El personaje de los cuentos no podía ser aquel hombre postrado, no podía serlo. Si no llegaba nadie, Bentornato aprovechaba el silencio y la curiosidad del niño para tener a alguien que lo escuchara. Hablar era su pasión dominante, aparte de comer tagliatelle al pomodoro, beber sambuca y jugar a las cartas. Se las ingeniaba para despertar la atención de Orlando, diciéndole que lo contado lo había escuchado directamente de la máscara de piedra. Así fue como había dado con la mejor distracción para esperar la llegada de Domiziano. Le contaba los viajes que había hecho su padre, la historia del anillo de Abuk y Taruk, el secuestro de Sabina, el regreso, la boda. Eran cuentos extraños para Orlando.

—Fue en mi primer viaje —suspiraba Bentornato—. Sería el último. En el barco de regreso conocí a tus padres. Sabina escuchaba, asombrada, mi fascinación por haber conocido su país. Domiziano, en cambio, ni me hacía caso. Quizás por eso me encapriché tanto en que nos hiciéramos amigos. ¡Cuántas vueltas, cuánto viaje para quedar inmóviles al final!

Aun así, años después, Bentornato nohabría podido explicar a Orlando por qué los hombres deben dar vueltas y más vueltas durante su vida, detenerse muy poco en los descansos de ciertas alegrías, y luego volver a tomar el camino para concluir en su propia desgracia. Definitivamente, las historias del viejo elefante no finalizaban como los cuentos de su madre.

—No lo confundas —respondía, enarcando las cejas—. Esto no es un cuento. Es la verdadera historia de tu padre.

El viejo elefante había sido profesor de colegio durante muchos años, pero desde hacía varios años no trabajaba. Sin embargo, una vez al mes iba vestido de traje y corbata a una oficina del Vaticano para retirar dinero. La única ocupación que se le conoció durante sus últimos años era dedicarse a hablar. Sabía hasta la menor anécdota ocurrida al más oscuro obrero o noble descolorido en un área de cuarenta cuerdas a la redonda. Salvo ciertas excepciones eruditas, el perímetro de su memoria no sólo trascendía el barrio sino el siglo. Más de una vez, hastiado por la ignorancia de los clientes del Rondò que frustaban sus alardes de erudito, decidió atribuir muchas historias del pasado al simple y cotidiano pasado de los vecinos. Llegó a tener tal destreza que nadie se sorprendió al saber que el abuelo del tendero deviaManara había luchado al servicio de Napoleón o que un primo del peluquero resultó ser un cómplice en el atentado a Umberto I. Todos discutían, en un principio, dudando de sus historias. Nunca cuestionaron la historia que conocían de su vida. Cuando Bentornato los escuchaba hablar de él, no se tomaba la menor molestia en desmentirlas o afirmarlas. Se hacía el desentendido, pero poco después disipaba el tema de un manotazo para entrar en materia. Y empezaba a hablar. Hacía minuciosos recuentos, opinaba con impertinencia, se alejaba con digresiones veleidosas y siempre ocultaba el posible final de sus historias porque acaso lo que decía no terminaba

de ocurrir y se alteraba por la audacia de transmutar en palabras lo que todavía era una posibilidad abierta.

Para quienes se preciaban de conocerlo, había mucho de cierto en el pasado de Bentornato. Era ampuloso y retorcido como su propio corpachón de elefante. Había nacido con la muerte de un oscuro carbonario en Sicilia. El carbonario había contraído tifus en el barco que lo desembarcó en Sicilia junto al resto de su tropa. Murió en una semana. Dos días antes, tuvo la lucidez suficiente como para hacer un pedido a sus superiores. Tenía un hermano menor a cuidado de una familia de herreros de Caserta. Dejó una esquila en la que pedía que lo llevaran donde un sacerdote al que encontrarían en la villa de veraneo del Papa. Semanas después, llevaron al niño hasta Castelgandolfo sin esperar mucho de la visita. La recepción fue rápida y directa. Una sirvienta anciana, a nombre del padre Foschi que constaba en la esquila, les dio unas monedas de plata por los gastos de viaje. Los herreros tomaron la propina y entregaron al niño. No se preocuparon por dar explicaciones muy detalladas. Nunca volvieron por Castelgandolfo. Tampoco se les ocurrió averiguar por qué Foschi no habló con ellos. Quizás se hubieran llevado una sorpresa al saber que se trataba de Monseñor Attilio Foschi di Pietrabbondio, príncipe di Pesca, bibliotecario erudito de la villa papal, experto en archivos de grimorios y otros textos poco ortodoxos sobre magia, y, por encima de cualquier otro cargo o talento, era el gran diente gastronómico de la orden benedictina. Su apetito no estaba mal visto porque la familia Foschi se encargaba de hacer grandes donaciones a la orden. Nada escapaba a su erudición monumental. Mucho menos a su paladar de gourmet. Si la orden no hacía mayores remilgos por sus comilonas, era porque los gastos de alimentos corrían por su cuenta. Bajo el disfraz de los feligreses que buscaban su confesión y le pagaban con viandas, vino y embutidos, una mirada curiosa encontraba repetido el sello de origen. Provenían del principado de su familia. Foschi era hijo único y el último de la descendencia.

A pesar del padrino, el pequeño Nebbiolo no fue a la universidad. La extraña condición de cómo había ido a dar a la tutela de Monseñor Foschi, provocó muchas habladurías. Si los rumores no fueron a más, sin siquiera ingresar para su suerte en los altos círculos de la aristocracia que venía en pleno a las orillas del lago Nemi, acordonando Castelgandolfo, fue porque Foschi se las ingenió para que el niño creciera como un ser invisible. De cuando en cuando, mientras Foschi leía un grimorio antiquísimo en su estudio de trabajo, se acordaba del muchacho y lo mandaba a llamar. Pese a la memoria de Foschi citando autores clásicos o fórmulas de magia prohibidas por la Inquisición, al ver al muchacho no se acordaba para qué lo había hecho llamar. Le pedía que lo acompañara por la biblioteca, dándole a cargar una ruma empolvada de libros para un estudio de beatificación, o lo que se le antojaba para sus lecturas personales. En esos paseos aprendió Bentornato el grueso de su erudición. También acompañaba a Foschi al Vaticano cuando debía llevar los resultados de sus investigaciones. Lo esperaba durante horas, encerrado detrás de portones dorados, sin hacer nada, hasta que salía Foschi y se iban a caminar por la ciudad para descansar. Las clases continuaban en vivo. La ciudad se iba llenando de fantasmas entre las ruinas. A tal punto llegaron a ser vívidos los recuentos históricos de Foschi, que a Bentornato le parecía una intromisión desvergonzada rondar por la ruinas como quien entra a la casa de otras personas. Cuando Monseñor se percataba de la entontada mirada de admiración de Bentornato, se las arreglaba para decepcionarlo.

—Lo que yo te pueda contar no es nada —decía deteniéndose en sus paseos y señalando hacia la iglesia de Santa María en Cosmedin—. Nadie puede revelarte tanto de esta ciudad como La Boca.

Entonces se dirigían hacia la iglesia. En el trayecto, cerca de ellos, dos muchachos a los que apenas se podía reconocer peleaban con saña. Uno de los estudiantes levantó una botella y la estrelló sobre el hombro de su contricante. Los pedazos de vidrio saltaron por todas partes y el herido se cubrió el ojo izquierdo con las dos manos como si un fragmento finísimo de vidrio ardiera en su pupila. Bentornato se sobresaltó.

—No es extraña la violencia en nuestra ciudad —sentenciaba Foschi, pasando de largo—. Conocemos la violencia desde Rómulo y César Augusto. Así que vámonos. Esto lo hemos visto durante siglos. La Boca nos espera.

Mientras se aproximaban, le contaba la leyenda de la máscara.

—Un soldado romano, llamado Attilio, era guardia de un cuestor. Una mañana encontró la máscara en la villa del funcionario. Como no supo explicar cómo había llegado a los jardines de la villa, ideó una coartada cruel e ingeniosa. La hizo empotrar en una de las paredes de las termas de Caracalla y detrás colocó a un verdugo con un hacha. Mandó llamar a los esclavos del cuestor, en su mayoría sirios, y les hizo colocar uno a uno sus manos en la boca de la máscara. A cada respuesta negativa de los esclavos daba una señal al verdugo y éste les cortaba la mano. Nunca se supo por qué apareció la máscara. Pero las autoridades encontraron un sistema ingenioso para amedrentar a los delincuentes.

Cuando llegaron a la iglesia de Santa María en Cosmedin, Foschi le mostró la máscara de piedra y entró al templo. Bentornato se detuvo e imaginó al soldado llevando a rastras a los esclavos para colocar sus manos en la boca. Después vio las comisuras de piedra chorreando sangre. Se quedó un rato delante de la máscara hasta que Foschi salió de la iglesia, lo tomó del brazo y dijo que el párroco los invitaba a almorzar.

—Debes tener paciencia —añadió Foschi—. Te hablará cuando estés listo para oírla. Entonces debes meter la mano en su boca lentamente y cerrar los ojos. Pero ten cuidado. Debes estar listo para escucharla. Si no lo estás, la máscara no dirá nada...¡Zas!, te morderá la mano.

A Bentornato le parecían terribles las cuencas vacías de los ojos de la máscara. Entró corriendo a la sacristía de la iglesia. Foschi reía sacudiendo la barriga. Luego de almorzar, Bentornato pidió salir por otra puerta. Foschi y el párroco se rieron de su temor.

—Lo que te debería hacer pensar —dijo Foschi de regreso a Castelgandolfo— es que hayan sacado esa máscara del sitio original para el que fue creado y que ahora la admiremos por una razón inventada. La apartaron de su destino. Es como si esa máscara estuviera suspendida en el tiempo hasta volver a donde le corresponde.

Por esas excursiones, la relación paternal de Foschi se transformó en la de un asistente bibliotecario. Bentornato imitaba, por gratitud, el paso desmañado, la cultura libresca y la gordura de su tutor. Por el parecido, se supuso en los corredores locuaces de la villa, luego de una risita maliciosa, que Bentornato era hijo natural del padre Foschi. Algo tendría de noble y de joven príncipe, pese a su grosor ridículo y al andar entorpecido.

Cuando cumplió treinta años, Foschi lo envió de viaje para que conociera las academias griegas. También para que pensara seriamente si debía o no hacerse sacerdote. Era lo que faltaba para completar los parecidos. Cuando estaba pensando de regreso en el

barco, tres meses después, que sí, que podía ordenarse como sacerdote, a Bentornato le llamó la atención la cabellera negra de Sabina y la efusividad de Domiziano. La disposición de Sabina por conocer a todo el que fuera italiano para entender mejor a su marido, permitió que los dos hombres se hicieran amigos. Bentornato sacrificó por unas horas su manía erudita para contemplar de reojo la belleza de aquella muchacha griega. Entendió que el temblor que sentía debido a una mujer era el indicio definitivo de su falta de vocación. A su llegada, Bentornato recibió una nota. El padre Foschi había fallecido durante el viaje. Se fue corriendo a Castelgandolfo para tratar de averiguar qué había pasado y por qué no le habían avisado. No sólo se encontró sin explicaciones: no lo dejaron entrar, no le dieron una entrevista, ni la oportunidad de sacar sus libros ni su ropa. El amparo de Foschi se derrumbó a su muerte como una muralla mal construida después de tantos años. Sin más de lo que tenía en sus maletas de viaje, humillado, Nebbiolo Bentornato encorvó los hombros, sacó un principio de joroba y después de unos cuantos intentos infructuosos de recurrir a los amigos de Foschi, no le quedó nada más que la convicción de que tendría que arreglárselas solo. Había perdido demasiado. La necesidad hizo que se valiera de lo único que tenía a mano. Empezó a dar clases.

Al pasar el doctor Milvio frente a las aulas, los profesores balbuceaban, tosían, agachaban la cabeza. Los alumnos se dirigían hacia la sombra que cruzaba por la puerta. Sólo alcanzaban a ver al hermano Luigi dando saltitos detrás de los pasos calmados y pensativos del director, por los pasillos del Liceo Parini.

—Estoy seguro de que fue una mala racha —razonaba el hermano Luigi—. Problemas personales, probablemente... Es un buen profesor. Es lúcido y le gusta enseñar. Posee una carga de conocimientos que cada vez me sorprende más. Lo mejor es lo que escucho de sus alumnos. Les cae simpático.

—No lo dudo —sonreía el doctor Milvio—. A veces el carisma no es suficiente. Incluso no basta tener conocimientos si no se forma a los muchachos. Otros son los problemas a los que me refería.

—De beber, nada —se detuvo el hermano Luigi—. En eso sí ha sido definitivo. Incluso... Mírelo. El alcohol queda al margen.

—Quedó claro en la entrevista —asintió el doctor Milvio—. Sin embargo, conviene no descuidarse. Debemos estar sumamente atentos.

—Por supuesto —se irguió el hermano Luigi y avanzó para comprobar que estaba ocupada el aula a la que se dirigía. Se asomó por encima del marco de la puerta. Muchos de los alumnos reían. El hermano Luigi quiso hacer señas para advertir que el doctor Milvio venía a supervisar la clase.

—No se rían —aclaró Bentornato cerrando el libro de gramática sin percatarse del hermano Luigi—. Bonomini ha hecho una muy buena pregunta... Aunque parezca arbitraria.

Los muchachos reían y hacían chanzas a Bonomini, mientras éste tenía el lápiz en ristre sobre su cuaderno atento a lo que iba a decir Bentornato. En la parte de atrás, el grupo de estudiantes más alejado conversaba en voz baja. Hacían dibujos, se pasaban papeles, intercambiaban cuchillas, dinero y cigarros. Disimulaban lo suficiente como para que los monólogos del viejo elefante no fueran interrumpidos.

—De todas maneras, Bonomini —alzaba la voz el viejo elefante— debo decirle que

Dios no interviene en la gramática, por más que en la misa se hable tanto de «palabra de Dios». El orden de las reglas gramaticales es de tipo humano. Ésta no es una clase de teología. Pero si debo responder a su inquietud, le doy un ejemplo. Cristo se hizo hombre y habló el lenguaje de los hombres. Dios no habló a los hombres con otro lenguaje ni inventó un nuevo lenguaje. Lo utilizó, seleccionándolo. Podría responder que sí y que, en efecto, la razón de ser de que haya un orden en el mundo es por su origen divino... Aun así hay muchos casos de desorden, tanto en el mundo como naturaleza física como en la gramática. Nuestro lenguaje es un desorden encubierto por una serie de convenciones. Hasta Dante comete desórdenes que nadie se explica. ¿Podría alguno de ustedes decirme qué significa eso de Papè Satàn, papè Satàn aleppe con que comienza el canto VII? ¿Qué sentido tiene? ¿Es solamente un efecto sonoro? ¿El sonido está supeditado al orden del sentido?... Volvamos a lo del orden divino, Bonomini —continuó Bentornato inclinando la cabeza—. Ése es un pensamiento muy antiguo. Viene de los griegos. Es el principio de nuestras creencias católicas. El asunto, más bien, puede ir por otro lado, incluso tomándolo como una conjetura, una hipótesis para explorar. Yo podría hacer una nueva pregunta.

Hizo bailar el bastón en el aire y se rascó lentamente el codo mientras arrugaba la frente.

—Veamos.... —dudó el viejo elefante—. ¿Por qué habiendo ese orden divino hay caos? ¿Por qué ese supuesto orden preexistente al mundo no cumple su trabajo e impide que el caos ocupe su lugar? ¿O es que hay un orden final del cual no somos conscientes, un orden oculto que sustenta también ese caos, esas casualidades, esos accidentes? ¿No es el orden divino el que, al darle al hombre su libertad, desató el caos? ¿Será posible que Dios nos haya enviado a este mundo, a uno de los tantos mundos y universos creados por Él, para ordenarlo y dejarnos solos para ver qué ocurría? ¿A lo mejor hay un orden oculto superior al que se manifiesta?... ¿Debería decir armonía en vez de orden? ¿Estaba en lo cierto Heráclito? Sería muy fácil remitir la razón del desorden a un orden desconocido que lo abarca. Si es desconocido entonces no hay nada que sustente nuestro argumento, porque no lo podemos llegar a conocer. Si dentro del orden aparente que tiene el mundo se puede filtrar aunque sea un mínimo de caos, entonces ese orden no es tal. Tiene fallas. Tampoco puede ser de naturaleza divina porque lo divino no puede cometer errores. Lo mejor, en este caso, sería remitirnos a la ciencia... ¿Qué nos dice la ciencia, Bonomini?

La pregunta dejó frío al estudiante. Se le cayó el lápiz y esperó a que Bentornato siguiera hablando para recogerlo.

—Nada —continuó Bentornato—. La ciencia no nos dice nada. Para un físico o un astrónomo el mundo que habitamos no es simplemente una mezcla desordenada de entidades, ni una colección de componentes básicos interactuando al azar, sino una disposición altamente ordenada de materia y energía en distintos niveles de tamaño y complejidad. El universo sin orden sería estéril, pero el interesante universo ordenado que observamos es activo y evoluciona. Esto es lo que queremos decir cuando hablamos del orden del mundo. Una de las grandes cuestiones que se plantea la ciencia es de dónde procede dicho orden, cómo se mantiene y si alguna vez desaparecerá. A veces creo que ya desapareció. Por eso los científicos están desesperados. La desaparición inevitable del orden cósmico está escrita en las leyes de la física. Para no prever ese final deprimente e inevitable tienen que demostrar que dichas leyes no son ciertas en su totalidad. Es una especie de carrera contra el tiempo, muchachos. Una carrera de locos que empezó hace

siglos... Nos encantaría la idea de un orden, pero no lo hay a la larga.... Claro, salvo desde una perspectiva religiosa, que es la que usted postularía, Bonomini. ¿No es cierto? ¿A eso es a lo que se refería?

Bonomini, removiéndose en su banca, balbuceó un sí.

El doctor Milvio se acomodó los lentes, concentró la mirada y aguzó el oído para seguir escuchando la exposición de Bentornato. El hermano Luigi estaba alerta de uno y otro, esperando que se cruzaran sus miradas. ¿Cómo podía avisarle a Bentornato que no complicara tanto su clase y no se distrajera tanto? Aunque eran alumnos del último año de colegio, su clase era de gramática, no de física o ciencias naturales, pensaba enfurruñado.

—Pero aun así —arremetió Bentornato—. Aun si aceptáramos que el orden es efectivamente divino, entonces ¿por qué debemos tener ese margen de desorden, de oportunidad para el caos?... Tienen que pensarlo un poco. ¿Por qué lo divino permitiría la participación caótica de lo que no es divino? ¿O no será que ese orden divino, perfecto, necesita del desorden, de lo imperfecto, para lograr un equilibrio? Posiblemente el orden divino, si permanece inalterado, no tendría movimiento. Y entonces, muchachos, la consecuencia lógica sería que el universo es estático. Como todos sabemos, el universo no es estático. Se mueve. Y vaya si se mueve. Al pobre Galileo le hicieron la vida imposible porque explicó al mundo algo que el mundo aún en nuestros días no termina de comprender bien: que al final la Tierra se mueve, que todos nosotros nos movemos, que nuestras palabras son incompletas porque el sol nunca sale por el este ni se oculta por el oeste. El sol simplemente no se mueve alrededor de nosotros. Nuestro lenguaje no ha asimilado esa revelación. El caos está en nuestro lenguaje. Al moverse la Tierra, no somos ningún centro, quizá hasta es posible que el centro no exista y que todos nosotros y el universo no seamos más que un continuo andar errando alrededor del vacío, pidiendo a gritos cualquier tipo de orden. Cuando lo encontramos, hacemos una fiesta. Sólo que el homenajeado no debería ser el orden sino el movimiento. Es decir, el caos.

Bonomini terminaba de anotar a toda prisa en el cuaderno mientras Bentornato hacía una pausa. Sólo tres alumnos de la última fila se desentendían de las explicaciones del viejo elefante. Por momentos estuvieron dispuestos a prestarle atención, pero se divertían parodiando el cuerpo enorme de Bentornato, evitando entrar en medio de las filas de los estudiantes. Incluso imitaban el abultamiento del estómago de Bentornato, su lentas manos de fraile, el bastón que arbitrariamente movía al compás de lo que decía y el bamboleo afirmativo de su cabeza.

—Si estoy caminando por el desierto —prosiguió Bentornato— y me cae en la cabeza un meteorito del tamaño de una sandía, ¿puedo decir que estaba fríamente calculado que cayera para matarme?... Pues no. No estaba calculado. Es un error, una contingencia de la naturaleza. Si creemos que estaba destinado, entonces tenemos un orden vengativo, cruel, inhumano. La mayoría de las veces la naturaleza ha sido cruel con el hombre. En ese momento es cuando tenemos nuestras primeras dudas y llegamos al convencimiento de que debemos realizar hasta el último esfuerzo para sobrevivir en un mundo que nos agrade sin fin. Ahí surge el orden. Mantenerlo es sumamente difícil. No porque sea difícil saber que es nuestra única salvación, sino porque se confunde el orden con una lucha despiadada contra la naturaleza agresiva. Y entonces empiezan los problemas. No podemos estar separados de la naturaleza... ¿O mejor debería decir universo?... En fin, debemos asimilarnos al universo. Debemos equilibrarnos con él. Es

decir, muchachos, debemos acostumbrarnos a convivir con el caos y el desorden del mundo, porque ese caos y ese desorden deben ser y son parte de nuestras vidas. Si no podemos obviarlos, entonces conviene establecer nuestras propias reglas de juego para que, de alguna manera, cumpliendo ese orden que implantemos, podamos sobrevivir. Ahí es cuando surgen los problemas. ¿Quién tiene la autoridad para establecer el orden? ¿Qué tipo de orden es el que necesitamos?...

Bentornato siguió hablando sin parar. El hermano Luigi dejó de hacer señas cuando el doctor Milvio lo miró de reojo para que se calmara. Los tres alumnos de la última fila se dieron cuenta de que los observaban.

—No sabemos el tipo de orden que necesitamos —continuó Bentornato mientras divagaba contemplando el exterior del Instituto—. Hay creyentes y ateos, emprendedores y pesimistas, honestos y ladrones. Así es como descubrimos que la realidad es ambigua, difusa, y no podemos capturarla de un lado, excluyendo el otro, porque en su pluralidad latente es donde configura su verdadero sentido. Y por eso es que luego de aprender las reglas gramaticales, si las llegan a estudiar bien, terminarán por querer olvidarlas. Las olvidarán, pero ya se asentaron, se volvieron costumbre. De ese fondo inmóvil en el que echan raíces las palabras brota esa continuidad del ser humano que, pese a todo, sobrevive por encima del caos del mundo... ¿Me he explicado, Bonomini? ¿He sido lo suficientemente claro?

Afirmaba Bonomini con la boca abierta, terminando de anotar la última frase, trazando una gran línea a modo de subrayado, apelando a notas en círculos y marcando un sonoro punto final.

—¿Alguien más tiene una pregunta? —insistió Bentornato.

Agitándose como gusanitos, los dedos de una mano sobresalieron en la última fila.

—¿Sí? —entrecerró los ojos Bentornato y alzó el cuello como si apuntara con el mentón al estudiante, reconociéndolo—. Dínos, Nina. ¿Cuál es tu pregunta?

Nina bajó de inmediato la mano y clavó la mirada sobre quienes se reían disimuladamente en distintos puntos de la clase. Aun así, no se dejó intimidar por los murmullos y encaró al viejo elefante.

—Tengo un caos a punto de reventar —dijo retorciendo la cara, en un amago de dolor, y fingiendo la voz—. ¿Puedo ir a cagar al baño?

La clase estalló en risas. En la mirada del doctor Milvio destacó un brillito alerta. Bentornato bajó el mentón y su rostro se coloreó de rojo. Las risas continuaban oscilando, bajando, subiendo de nivel y tono. Pero cuando el viejo elefante cesó su gesto de recogimiento y alzó el rostro, los alumnos se quedaron callados. Se sorprendieron al verlo avanzar entre las bancas. Daba grandes zancadas, empuñando el bastón en un arranque inesperado que no previeron. Los alumnos voltearon uno tras otro, asustados por el embiste, a medida que el viejo elefante cruzaba el salón hasta la última fila donde Nina permanecía de pie. Una gota de sudor helaba la espalda del hermano Luigi. Con un sólo movimiento, Bentornato frenó el arrebato de su pesado cuerpo y apuntó con el bastón en medio de los ojos de Nina como si estuviera a punto de darle una estocada. El alumno bizqueaba y alzaba las manos con un gesto de ciego sin saber exactamente qué debía detener.

—No es para tanto —dijo el viejo elefante media hora después, convocado a la oficina del doctor Milvio—. Una broma con los alumnos para desarmar al muchachito revoltoso. No fue más que eso. Créame que no estoy interesado en nuevas técnicas pedagógicas. Se trataba de una broma... —y entonces hablaba hacia su izquierda—. El doctor Milvio lo sabe, por supuesto... Hay que despertar el asombro y la reacción de los muchachos con algo que no esperan. Claro que nunca esperaba esa reacción de Nina. Un imprevisto, un muchacho violento, brusco. Con los otros alumnos no tengo problemas de ese tipo.

Bentornato resopló al sonreír. Seguía mirando alternativamente a su izquierda y moviendo la mano. El doctor Milvio dio media vuelta colocándose frente a frente. Conocía sus gestos excéntricos y los pasaba por alto, incluso en los momentos menos oportunos, perdonándole sus abstracciones o esos largos diálogos a solas que nadie se atrevía a interrumpir. Hasta el hermano Luigi tenía sus manías y reacciones nerviosas, como sus mal disimulados saltitos y bamboleos de canguro. Estaba afuera el hermano Luigi, esperando a que terminaran la reunión, revoloteando tras la puerta cerrada, tratando de escuchar parte de la conversación.

—No cuestiono sus métodos, Bentornato —dijo—. Pero me temo que los resultados imprevistos se pueden dar como con Nina. Y le aseguro que si usted no hubiera impartido esas ideas sobre el caos y toda la palabrería restante, no hubiera pasado nada de lo que ocurrió. Finalmente, nos encargamos de otro tipo de enseñanza. Y usted lo sabe muy bien, o debería saberlo. Ésta no es una escuela laica.

Bentornato esperaba sin prisa, sin conmovirse, para que el director se tomara el tiempo necesario y le explicara al detalle a lo que se refería. Cuando escuchaba al doctor Milvio dejaba de hablar hacia su izquierda.

—Ciertos valores...—empezó el doctor Milvio, pensándolo, cabizbajo—. Preocupación, sentido de la fe, nociones de familia. Entiendo que no son parte puntual de sus clases. Pero tampoco lo es apelar a esas cuestiones apocalípticas de la ciencia. Se le pidió que se concentrara en sus temas. Gramática, historia, dibujo. Son áreas sumamente interesantes como para que anduviera recurriendo a distracciones que no vienen al caso. ¿Para qué dispersar la atención de los muchachos con cuestiones de ese tipo? Si lo hubiera dicho antes habríamos podido arreglar que impartiera unas clases de física, de ciencias naturales, de filosofía... Y aun así, ésta no es una universidad, Bentornato. Necesitamos que esos chicos aprendan a escribir bien, que sepan historia, que tengan nociones de dibujo. No me interesa, ni al directorio del colegio, ni mucho menos a los padres, que sus hijos terminen siendo buenos anarquistas o especialistas en el caos.

El viejo elefante se aferró al bastón y se puso de pie mientras se reía. Bastaba un movimiento brusco para que saltaran los botones. Cuando bromearon a costa suya sobre el discurso del orden en la clase, Bentornato había querido desarmar a Nina fingiendo que lo retaba. Era consciente de que provocaría reacciones en ellos, los asustaría, les haría cuestionarse el mito de los profesores serios. Nunca esperó que se le cayera el bastón y que, al agacharse a recogerlo, el pantalón se abriera estrepitosamente en las costuras de las entrepiernas. Redoblaron las risas y se expandieron por los corredores. Afuera el hermano Luigi sudaba sin parar tratando de que el doctor Milvio no lo notara. De no ser porque en ese momento el director irrumpió en el aula, las risas se habrían escuchado hasta en el último rincón del Instituto. Eso había sido el detonante definitivo para la conversación con el doctor Milvio.

—¡El caos! ¡El caos! —balbuceó Bentornato con los brazos en alto—. ¿Qué tiene esa palabrita para causar tanto revuelo? Por supuesto que no estoy formando anarquistas, doctor Milvio, pero el caos existe y eso no quiere decir que yo sea anarquista. ¿Cree que vendría a enseñar eso aquí? Pero aun asno se pueden negar ciertos aspectos del caos. —Hizo otra pausa y habló mirando a su costado, a un punto impreciso y flotante de la habitación—. Coincido, monseñor... Necesito explicarle al doctor... —se dirigió nuevamente hacia el director, que lo miraba sorprendido por su cambio de palabra—. Doctor Milvio, incluso están en los estudios de religión, en las lecturas del apocalipsis, en las tentaciones de Jesús en el desierto...Entiendo que puede tratarse de una cuestión de términos. De ahora en adelante, en vez de usar la palabra caos, podría decir demonio. Luchamos contra el demonio, muchachos. Y será igual, pero entonces sería peor porque volveríamos a la Inquisición, doctor Milvio. Luchamos contra el caos. La misma agresión que sufrí de Nina podrá explicarse a los estudiantes como un ejemplo del caos. Al expulsarlo, lo que me pareció una excelente decisión del directorio, y suya propia, doctor, se estaba representando una nueva idea de orden.

—¡Pero eso no tiene nada que ver con sus clases, por favor! —se sobresaltó el doctor Milvio—. Ese muchacho no es un ejemplo de nada. Es un simple chico con un padre ignorante que nunca habla y que trabaja como cocinero de un restaurante. Esto no es una cuestión de tipo erudito o de polémica, profesor Bentornato. Nosotros debemos formar a esos adolescentes. Para mí no fue ninguna decisión fácil expulsar a Nina. Ese tipo de decisiones me dan muchos dolores de cabeza. Yo no quería, al menos...

—Siempre van a existir muchachos problemáticos, doctor —dijo Bentornato—. Monseñor me lo repite insistentemente: Nunca faltan, Nebbiolo. Nunca. Son parte de cualquier grupo. En ese tipo de casos no estoy convencido de que se pueda hacer mucho. Pero sí creo que es importante preocuparse por la gran mayoría que puede responder mejor. Eso es lo que intento. No les podemos estar soltando sentido del orden en exclusiva si finalmente no entienden por qué lo hacemos.

Conviene marcar distancias, dar saltos, incluso hablarles de un modo diferente para que puedan entender las diferencias dentro de un contexto idéntico. No sé hasta qué punto se pueden inculcar los valores que usted comentaba si no hay una enseñanza más dinámica, un poco más juguetona. Que aprendan riendo, doctor Milvio. ¿Cuál es el problema? Si de paso ríen y disfrutan aprendiendo, ¿qué tiene de malo que nos ríamos todos?...¿No le parece?

El doctor Milvio se reclinó como si se fuera a extender sobre su escritorio, apuntando con el dedo la cuestión a la que apelaba Bentornato.

—¡Ahí tiene el problema! —enfaticó—. Se confunden los ámbitos. Si les da usted la libertad de reírse a cada momento, van a relativizar la importancia de lo que les está enseñando. Me parece muy bien que les cuente algo de física y astronomía, pero si no se mantiene una postura, una coherencia, van a percibir las contradicciones y entonces sí que se arma un problema....Usted lo ha malinterpretado todo.

—No es así, doctor Milvio —dijo Bentornato—. Se me encargó una responsabilidad. He tratado de cumplirla con lo mejor de mis conocimientos. Monseñor es testigo. Y no me he contentado con repetir lo que sé. Lo que me preocupa es que esos chicos terminen mal preparados, o de forma incompleta, para un mundo que ya no es el nuestro. No nos engañemos, doctor. Este mundo es cada vez más complejo. Lo peligroso es que de pronto descubran que en efecto el caos existe y no sepan cómo reaccionar. Mire a cualquier lado

y lo sentirá como si fuera un organismo vivo que deambula de un lado para otro.

—Eso es justamente lo que le digo —retomó el doctor Milvio—. ¿No se da cuenta la carga que se está echando a los hombros? Usted tiene que colaborar, es cierto, pero no se atribuya la responsabilidad total. Suficiente tendría con que sus alumnos aprendan bien el contenido de su clases. Se lo dijimos desde un comienzo. Por eso, el directorio ha tomado una decisión.

Bentornato siguió caminando dentro de la oficina del doctor Milvio. Ese tipo de conversaciones lo dejaban cansado. Le sudaban las manos mientras se esforzaba por entender lo que el doctor Milvio demoraba en decirle. Repentinamente volteaba a la izquierda como si por fin sorprendiera a una mosca.

—Mi querido doctor Milvio —dijo Bentornato—. Tanto a usted como a mí nos preocupan estos muchachos.

—No se justifique —dijo el doctor Milvio—. Lo que pasó finalmente pasó. No le demos más vueltas. Usted sabrá lo que ha hecho. Lamentablemente ya no me queda mucho por hacer. Ha sido contra mi voluntad, pero se ha tomado una decisión en el directorio. Hay una preocupación fuerte al respecto de lo que hemos estado hablando, y prefieren evitarlo a cualquier costo. Medidas drásticas, Bentornato. No me podrá negar que no lo hemos aconsejado. A mí me ha costado mucho aceptarlo, pero a partir del próximo año no podrá seguir enseñando en el Instituto. La decisión no se la iba a comunicar hasta el fin de los cursos. Si se lo he dicho es porque quería prevenirlo para que arregle de la mejor manera su situación en el futuro. ¿Tendrá sus relaciones? Yo me ofrezco a darle las mejores recomendaciones...¿Está usted bien?

Frotó la empuñadura del bastón, se secó el sudor y suspiró. Se concentraba en cada movimiento del doctor Milvio, como si comprobara en las manos, los ojos, el cuello, el codo, cada una de las palabras que le explicaban la sanción del directorio. Bentornato retomaba los guiños hacia su hombro izquierdo. Si el doctor Milvio no podía distinguir el fantasma de monseñor Attilio Foschi di Pietrabbondio, era un problema del rector, no suyo. Pero para mala suerte de Bentornato monseñor no le respondía ni hacía ningún gesto de presencia.

—Quiero que se calme, Bentornato —dijo el doctor Milvio—. No tiene que tomarlo a mal. Mírelo de esta manera. Tiene tiempo de sobra para planificar.

—¿De sobra? —ironizó Bentornato—. Sí, claro...Siempre hay tiempo de sobra para quien no hace más que hablar de conjeturas, caos o desorden. No lo había pensando de esa manera. Usted sí, monseñor. Lo sé, lo sé. Tenía razón.

Bentornato miraba a su izquierda y el doctor Milvio trataba de descifrar lo que veía. Sobre la pared pendían los amarillentos pergaminos de los títulos del doctor Milvio, una medalla y un retrato de Santa Rita di Cassia. No era lo que miraba el viejo elefante.

—Tenía razón, monseñor —concluyó Bentornato hablándole al fantasma de monseñor Foschi—. De nada valió disimularlo. No están preparados.

El viejo elefante repetía a Domiziano los pormenores de la remota experiencia de profesor mientras Sabina preparaba la cena. Ellos eran los únicos amigos con los que contaba. Fue por Domiziano que se convirtió en uno de los asiduos al Rondò.

—Quizás soy un noble venido a menos —bromeaba Bentornato en el bar, elevando

las manos como si hiciera una ofrenda, grave, santón, una vez que había ganado los amigos que nunca tuvo—. Lo bueno es que nadie lo sabe. Ni me quitan el abolengo ni me lo dan. Digamos que es una vida de príncipe en destierro.

Después se quedaba callado. En el Rondò esperaban a que siguiera hablando de sus encuentros con la máscara de piedra y las historias de lo que había sido su vida en Castalgandolfo. Parecía perderse en sus propios pensamientos como si no pudiera recuperar el hilo de lo que decía. Entraba «en trance». Así calificaron sus desvaríos, que pasaban por alto. El viejo elefante murmuraba, agitaba las manos y movía la cabeza hacia ambos lados como si revoloteara a su alrededor una mosca zumbante. Daba unos cuantos manotazos al aire para espantarla, gruñía de nuevo, jadeaba por la súbita agitación, y después de unos minutos recuperaba el ritmo de su respiración. Alzaba los ojos. Se quedaba mirando unos segundos a quienes lo rodeaban y buscaba los rastros del tema del que se había distraído. La sombra de Foschi, según explicó luego de los primeros trances, se le aparecía con frecuencia para plantearle discusiones filosóficas en el momento más inesperado y que, por añadidura, no podía resolver. En el Rondò toleraban con benevolencia sus ocasionales desquicios, una vez que supieron el trauma por la muerte de Foschi, y sobre todo porque era una locura inofensiva.

Los curiosos del Rondò pedían que siguiera contando más sobre la máscara. ¿La había oído hablar? ¿Tuvo paciencia? ¿Metió la mano en esa boca terrible? Inflado de gozo, inspirado, sabiendo que lo empezaban a querer por sus historias, el viejo elefante continuaba hablando en un lenguaje resquebrajado por el delirio, para no defraudar la curiosidad de sus oyentes.

—El año del señor, el segundo día del quinto mes —alzó su copa de Sambuca—, encontrándome entre los pilares de Santa María en Cosmedin, a orillas del río Tíber, se abrió la Boca de la Verdad...

Orlando había visto de lejos la máscara de piedra conocida como la «Boca de la Verdad». Su imponente grosor, los tallados en piedra que formaban la cuenca vacía de los ojos, los orificios nasales y la boca entreabierta, como si estuviera a punto de gritar, llamaban la atención, cuarteaban la sangre o daban ganas de salir corriendo de miedo. Hubiera dado lo que fuera para que el viejo elefante lo llevara a escuchar a la Boca. Pero hacía lo contrario por simple timidez y capricho de niño. Negaba que la máscara pudiera hablar.

—Te demostraré que digo la verdad —se fruncía Bentornato—. Pondré mi mano dentro de la boca de la máscara, tú me preguntarás si es verdad que la máscara habla y yo responderé que sí. Si la máscara me muerde, pierdo una mano. Quedo como mentiroso. Si no muerde, nunca más dudarás de lo que te digo. ¿De acuerdo?

A Orlando le divertía pensar que la máscara cercenara la mano del amigo de su padre. Sería como tener a un elefante manco. Bentornato empezaba a detallar la manera para lograr que la máscara de

Lpiedra hablara, sin importarle que Orlando no entendiera nada de lo que le estaba diciendo. El niño seguía los complicados conjuros del viejo pero no entendía nada. Faltaba lo más importante. ¿Qué era lo que le había dicho la máscara? ¿Qué fue lo que escuchó?

—La Boca de la Verdad sabe más de lo que puedes imaginar —lo intrigaba el viejo elefante—. Por la Boca tu madre supo que serías un cascarrabias, un gruñón como tu abuelo.

Orlando sería un hombre de aguas pacíficas, profetizó el viejo elefante. Tenía sus razones. Cada mañana, durante el segundo mes del embarazo, Domiziano recurrió a sus remotas armas de beato. Se dirigió a la piazza di San Giovanni en Laterano y subió de rodillas los veintiocho peldaños de la Escala Santa. Rezó en cada peldaño un padrenuestro y un avemaría. Con esa penitencia liberaría a su primogénito de los males que lo habían acosado a él. Pidió que acabaran los viajes, los robos, lo desconocido, el hambre, los incendios y hasta las devociones excesivas. De verdad que lo libró. Orlando nunca padeció los males exorcizados. Menos uno. En su petición, Domiziano olvidó incluir el estigma de los Dalbono. No lo libró de la calvicie.

Ése fue uno de los dolores que atormentaron a Orlando de adolescente. El pequeño remolino de su pelo empezó agolpándose en el límite de la frente, redujo sus raíces en las entrantes de las sienes y se desvaneció elevándose como una rebelde columna de humo. Cuando cumplió cuarenta años no quedaba ni un pelo. Sus cejas sólo eran remotas islas de paz. No contaban mucho. A pesar de esto, nadie podría decir que Orlando no luchó contra el estigma. Agotó el más remoto y rebuscado recurso de la ciencia o de la fantasía. Con todos terminó derrotado. Siguió siendo el calvo previsto para cada generación intermedia de la familia Dalbono.

Los demás dolores, en cambio, dependían de su carácter de péndulo. A ratos era eufórico y bufón, aunque no siempre risueño. Otras veces venía a caer en un extraño pesimismo. Contraía la mandíbula y fruncía el entrecejo hasta que un puñado de arrugas surcaba su frente. Cuando ponía ese rostro, los más vulgares de sus amigos apeados a la barra del Rondò, se encargaban de crearle varios apodos. Los discretos y allegados, en cambio, seguían prudentemente la emblemática sabiduría de las figuras clásicas.

—Es un Ouroboros —dijo el viejo elefante—. La forma circular de la imagen ha dado lugar a una interpretación muy simple. Es la unión de principios opuestos, como cielo y tierra, bien y mal, yan y yin, día y noche. Una forma redonda. Y por redonda, calva. Hasta su nombre está medio pelado con las dos letras «o» que lo abre y cierra. Sabina no pudo escoger un nombre más calvo.

El único alivio para Orlando fue saber que una generación intermedia no la sufriría: abuelo calvo, padre con cabellera, nieto nuevamente calvo. Las mujeres tampoco la padecerían. Con ellas ocurría lo contrario. Se revertía el orden genético. Eran las únicas que alardeaban de una cabellera, además de tupida y sedosa, con las más variadas tonalidades cromáticas. El caso más raro fue el de la hija mayor de Orlando, Clementina, que un día de verano, luego de bañarse en el mar, salió de las aguas con los cabellos de un color violáceo. Al día siguiente se tornaron azules, y una semana después verdes, y así, en este arco iris surgido de la nada, mantuvo en expectativa a todas las Dalbono hasta que se descubrió que su novio de turno le proporcionaba los experimentos dudosos de una casa cosmética para la cual daba servicios de prueba. Lo insólito fue que cuando dio de largas al pobre muchacho y ya no se lo vio más, el cabello de Clementina siguió en una metamorfosis puntual de dos meses, para la cual se podía suponer que ella, por más que lo negara, había adquirido la manía de comprar los champús para no perder la costumbre. Como ésta, las historias de las cabelleras femeninas de las Dalbono eran interminables.

A pesar de ser calvos, los Dalbono varones no eran necesariamente feos. Para muchas mujeres la calvicie pasaba completamente desapercibida gracias a un raro embrujo que los varones Dalbono, a modo de compensación, ejercían con los ojos. A fin de cuentas, lo de feo estaba por verse. Si ellas son las reinas, lo demás no importa. Está escrito: las reinas no pueden elegir lo que les manda su corazón. Y el corazón les manda rendirse ante quienes las tratan como tales. Lo que ellas no sabían es que aquellas miradas distanciadas, capaces de subyugar hasta a la más seca e hirsuta de las mujeres, no eran más que el desencanto de saber que el cabello huía lenta e irreversiblemente. Así era como los ojos de cada Dalbono no se centraban en un punto fijo. Se perdían en abstracciones inútiles, y a las muchachas no les quedaba más que rendirse ante un misterio al que no las dejarían entrar nunca. Años después, bien conformada la familia con mujeres enamoradas de sus calvos seductores, los varones asumían con orgullo su calvicie. Incluso alardeaban de la misma. Ya lo dijo el poeta D'Annunzio, y en francés, para darle el toque final.

—La beauté future sera chauve.

Mientras fueran jóvenes, nada les resultaba más detestable que conversar al respecto de entrantes, peluquerías, estilos de peinado, tónicos y cepillos. No así para sus amigos. Para ellos la calvicie de Orlando se debía, según una de las conjeturas más vociferadas, a que simplemente se estaba volviendo viejo muy rápido, lo que no entrañaba ningún misterio pero sí una larga serie de disquisiciones arbitrarias que enturbiaban las conversaciones en el Rondò. Aseguraban, y lo hacían hasta la precisión, que la calvicie de Orlando empezó el día que nació su última hija, Fiorenza, junto a los demás dolores, pasando a una gama más bien amplia y dispar que enumeraban entre las copas de vino y sambuca. Pero en orden de aparición, el nacimiento de Fiorenza era la más próxima de las suposiciones, por ser la última, sobre todo para quienes conocían menos del pasado de Orlando y no sabían de su juventud, de aquel tiempo al cual se le atribuyó el origen remoto de la calvicie.

—Empezó mucho antes —decían los más viejos—. Cuando Domiziano volvió de sus viajes ya estaba incubándose.

Al padre de Orlando aún le aguardaban nuevos destierros que no acabaron precisamente en medallas. Sí trastocaron la perspectiva sobre esa primera parte mítica de su vida. Por eso la familia y Orlando se ceñían únicamente a la primera parte de la leyenda. Orlando tenía dos años y Sabina estaba en el embarazo de su segundo hijo cuando Domiziano tuvo que partir a la guerra de Abisinia. Otra vez volvía a África. Sabina, durante el resto de sus días de enfermera, se quejaba de lo que habían obligado a ir. El ejército italiano recurrió a Domiziano para que despolvara quién sabe qué archivos, encontrara informaciones que posiblemente sí fueron útiles, reactivara espías que supieron despistar a media África y Grecia con chismes y mitos urdidos entre gallos y medianoche. Tuvieron unas reuniones secretas cuando el conflicto en Abisinia aún no había estallado. No sólo dispusieron el destino de su nueva misión sino el destino de sus últimos años y el de su familia.

Pasaron semanas sin que Sabina recibiera noticias de su paradero. Empezó a presionar a las autoridades militares. Un sargento se limitaba a contestarle que no había reportes mientras veía con indiferencia el avanzado embarazo. No hay reportes, no hay reportes, no hay reportes. Ese fue el estribillo con el que concluía cada intento por saber algo de Domiziano. Sabina salía del cuartel general pensando que su hijo no tendría

padre. Se equivocó. Pese a un retraso de semanas después del parto, sí lo tuvo. Aunque a su regreso vino convertido en otro. Sabina ya no pudo reconocer al Domiziano de antes, ni su hijo Orlando, y mucho menos aquel segundo hijo que nació dos horas después que le fuera entregado a su madre un telegrama de poquísimas palabras. Las leyó y le sonaron como si fuera un grito contra el desorden del mundo: «Domiziano Dalbono en condición grave recuperable. Dado de baja. Retornará a casa». Bastó una sola palabra para que el embarazo de Sabina no terminara en aborto natural: recuperable. De cualquier manera, su esposo se estaba mejorando para volver. No debía temerle a nada. Pero hubiera sido distinto con una sola carta de su puño y letra. Bastaba eso. En fin: recuperable. Pero ¿recuperable de qué? ¿De qué, Dios mío? Sabina empezó a desesperarse. No pudo pensar más. Las primeras contracciones del parto le desgarraban las entrañas.

La llevaron al Regina Margherita. En menos de dos horas nació un niño que ni bien vio la luz del día parecía estar buscando a su padre. Sabina, adolorida por el parto y las noticias de Domiziano, tomó al niño en brazos y descubrió esa mirada inquieta y aguda en su hijo. «Son los ojos de papá Kostas», se dijo, y con la convicción de lo inevitable terminó pensando en voz alta: «¿Por qué no pudiste estar aquí estos meses, Domiziano? Tendremos a un hijo cascarrabias como su abuelo». A las dos semanas Domiziano volvió. Se había estado recuperando en Palermo y no en África. Ahora regresaba no como lo hizo una vez, con una muchacha del brazo, sino con un par de piernas tullidas, una silla de ruedas de madera —que a los pocos meses cambiaría por una metálica, marca Betania, entregada por el ejército— y la amargura de una invalidez que no se disiparía durante el resto de su vida. Además del problema de los bronquios. Los silbidos del pecho de Domiziano podían arrullar a su hijo pequeño.

Del regreso de su padre, Orlando no tenía recuerdos precisos. Nadie se refería al fracaso de la guerra de Abisinia. Orlando no veía la coherencia entre un padre viajero y el tullido que se desplazaba por la casa con un mutismo sombrío, salvo por los cuentos del viejo elefante sobre el primer viaje de Domiziano al África. Esos cuentos eran la compensación de los que le negaba su padre y que para él se habían convertido en una envidiable fábula que debía alcanzar en algún momento.